

LA ANOMIA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS ¿CONSECUENCIA DE LA “IN - NOVACIÓN”?

Fernando González y Galán

Universidad de Salamanca

Resumen.- La anomia en las sociedades modernas se asocia a la incapacidad de los mecanismos de generación de consenso moral para adelantarse al ritmo de la innovación. En el presente escrito se muestra que en las sociedades modernas predomina más que en las sociedades tradicionales el tipo de hombre que se ajusta al seguimiento de la norma pues este ajuste, a diferencia de lo que ocurría en las sociedades tradicionales, depende de su libertad de decidir. Y que es precisamente la innovación, en tanto que descubrimiento, la que posibilita este predominio. El ritmo de la innovación lejos de ser la causa de la anomia viene a ser la solución.

Palabras clave.- *anomia, modernidad, innovación, sociedad, libertad*

Abstract.- Anomie in modern societies is associated with the inability of the generation mechanisms of moral consensus to anticipate the pace of innovation. In the present paper shows that in modern societies is more prevalent in traditional societies the kind of man who is set to follow the rule because this setting, unlike what happened in traditional societies, depends on their freedom of decide. And that is precisely the innovation as a discovery, which enables this dominance. The pace of innovation far from being the cause of anomie becomes the solution.

Keywords.- *anomie, modernity, innovation, society, freedom*

Emilio Lamo de Espinosa (1996: 139) muestra que la anomia en las sociedades modernas “es global y general, afecta a la sociedad como un todo y no sólo a algunos de sus componentes, y es consecuencia de la incapacidad de los mecanismos de generación de consenso moral para adelantarse al ritmo de las innovaciones”.

Por innovación entendemos novedad que se introduce en algo. Lo que no existía en lo dado tradicionalmente, habitualmente y aparece de repente causando sorpresa, admiración, extrañeza, miedo pero que sin embargo, por alguna causa llega a penetrar, a instalarse de tal modo en lo dado que ya no nos es posible deshacernos de ello, al menos, durante un tiempo. Es decir, la innovación no sólo aparece ante nosotros, sino que durante un tiempo permanece como tal innovación, como lo nuevo, hasta que pasa a formar parte como un componente más de lo dado. Hasta que aprendemos a manejarlos con ello o al menos conseguimos sobrellevarlo. Ello implica que la innovación no necesariamente es algo útil que por lo tanto traiga el progreso ya que lo radical de la misma es simplemente su hecho novedoso a los ojos de quienes lo observan como tal novedad.

Cuando hablamos de anomia hacemos alusión básicamente a la ausencia de ley que en la sociedad equivale a la ausencia de normas sociales. Las normas sociales supuestamente permiten a los individuos convivir creando sus propias trayectorias vitales. Así, por ejemplo, Emilio Durkheim presenta las normas sociales como reglas de conducta que socializan al individuo. Sin embargo,

esta forma de vida basada en la regla o norma dada por el grupo o sociedad cuyo seguimiento e interiorización va a dar teóricamente una trayectoria vital individual satisfactoria y socialmente aceptada no está presente sino tan sólo supuestamente en las sociedades tradicionales; mientras que en las sociedades modernas, debido precisamente a la innovación que permite alcanzar una calidad y esperanza de vida notablemente superior a la existente en las sociedades tradicionales, es posible disponer de un tiempo extraordinario que posibilita al individuo pensar, estudiar y descubrir el verdadero papel que la ley adquiere en la sociedad y cómo esta ley convive con lo esencial, radical de la vida humana, su libertad.

La valentía mostraba Platón en *La República* es propia de aquel que sabe distinguir entre lo que tiene que temer y lo que no. Es decir, la libertad consiste en el ejercicio continuado que quiera o no quiera tiene que hacer todo individuo en la vida humana para discernir, interiorizar, convivir, pensar y actuar bajo lo que tiene que temer: la norma, la ley, la regla y lo que no tiene que temer. Y este ejercicio ha tenido que ser hecho por el hombre con independencia de la sociedad tradicional o moderna siempre y cuando el mismo hombre quiera vivir. El hombre que quiere vivir tiene más posibilidades de encontrar la distinción entre lo que tiene que temer y lo que no, entre el seguimiento a la norma y la ausencia de ello.

Mi tesis en el presente escrito se basa en que en las sociedades modernas predomina más que en las sociedades tradicionales el tipo de hombre que se ajusta al seguimiento de la norma. Y que es precisamente la innovación, en tanto que descubrimiento, la que posibilita este predominio.

Desde nuestra perspectiva observamos que la vida humana en las sociedades modernas ha cambiado radicalmente en cuanto a sus esferas de convivencia y obtención de los medios para subsistir. Hannah Arendt en *La condición humana* presenta al hombre de las sociedades tradicionales obteniendo los medios para subsistir dentro de una esfera económica situada dentro de la esfera doméstica. En España, hasta mediados del siglo XX gran parte de la población vivía de ese modo. Quedaba la esfera pública y la esfera política apartadas de la esfera económica. Ello nos lleva a pensar que el hombre que vivía en esas sociedades, en las que la innovación moderna todavía no había llegado, llevaba interiorizadas las reglas sociales, las adquiría de generación en generación, sabía a lo que atenerse, en su convivencia con los demás, dirá José Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* antes de que llegara el hombre masa. Pero ocurre que en aquellas sociedades tradicionales la media de la esperanza de vida no iba más allá de los 35 años, la mortalidad infantil era muy elevada, los periodos de sequía y de hambruna eran más que frecuentes, la peste, la tuberculosis o la sífilis eran más que habituales, la escasez, los conflictos sociales, personas apartadas de formas adecuadas de supervivencia, las guerras, que por ejemplo en la península Ibérica se suceden casi ininterrumpidamente desde la caída de Roma hasta las guerras carlistas que desembocan en la Guerra Civil, dan un panorama poco favorable a posicionarse del lado de la existencia de un hombre que sabe a lo que atenerse y que vive de acuerdo a una norma social que lo preserva para el desarrollo satisfactorio de su trayectoria vital. Con frecuencia se pasa por alto algo que por anecdótico no deja de ser relevante, a saber, el color negro con el que los españoles y las españolas vistieron durante siglos y siglos. Todos recordamos a

nuestros mayores vestidos de ese color. Un color, el negro, que en el caso español representa el duelo interminable ante la muerte, la guerra y la escasez, sin obviar el peso que lo religioso tiene en ello. Tales calamidades dan un tipo de hombre que no parece encontrar tan exitosamente el seguimiento de la norma como presume nuestro punto de vista desde la modernidad en la que, sin embargo, sí observamos la anomia.

La anomia, muestra el profesor Emilio Lamo de Espinosa, en lugar de afectar a algunos de sus componentes deficientemente socializados, como ocurriría en la época de Durkheim o las sociedades tradicionales, en nuestras sociedades modernas es global y general y afecta a la sociedad como un todo.

Efectivamente, así es, pero a diferencia de lo que ocurría en las sociedades tradicionales, que debido a la imposibilidad de las personas de salir de sus lugares de origen (lo habitual era vivir durante toda la vida en el lugar donde se había nacido) y al impedimento de desprenderse de las imposiciones adscriptivas (has nacido en una familia de molineros y debes ser molinero, eres cristiano viejo tienes tales derechos, eres cristiano nuevo no los tienes), la anomia nunca afectó a la sociedad como un todo; en las sociedades modernas el hecho de que la anomia esté presente en la vida de todas las personas provoca en estas de manera muy aguda la disyuntiva más radicalmente humana, a saber, tener que averiguar, hallar y decidir entre lo que se tiene que temer y lo que no; así como asumir la consecuencia de su decisión sea errada o no. La extensión de la anomia a toda la sociedad, es decir, la extensión de la posibilidad de vivir sin ley, sin norma, pone al hombre cara a cara con su propia condición: la de ser libre. La de verse obligado a innovar, a inventar, a hallar el modo de vivir su propia vida. En las sociedades modernas no hay vidas impuestas como ocurría en las sociedades tradicionales.

José Ortega y Gasset en “El quehacer del hombre” señala: “El vocablo inventar recobra aquí su intención etimológica de hallar. Tenemos que hallar, que descubrir la trayectoria necesaria de nuestra vida, que sólo entonces será la verdaderamente nuestra, y no de otro, o de nadie, como lo es la del frívolo”.

De ahí la incapacidad de los mecanismos de generación de consenso moral como señala Emilio Lamo de Espinosa. Al menos los tradicionales, porque aquellos mecanismos impedían al individuo ponerse frente a frente consigo mismo. Tan sólo algunos lo consiguieron. Tal fue el periodo llamado renacimiento que dio a luz el inicio de la modernidad. Ese “tenemos que hallar” de Ortega y Gasset hace alusión precisamente a que ya no podemos esperar que nos vengyan impuestos mecanismos de consenso moral, sino que tenemos que ser nosotros mismos quienes en el ejercicio permanente de la innovación, de la creación, del descubrimiento, de inventar, de hallar encontremos la trayectoria de nuestra propia vida. De ahí que resulte imposible adelantarse al ritmo de las innovaciones. Porque el hombre moderno cuya urdimbre primigenia es occidental se ha puesto a la tarea de tal forma que ha extendido este funcionamiento a todo el globo. Así, expresa, Emilio Lamo de Espinosa (1996: 133): “Las sociedades modernas han entronizado el cambio y no la estabilidad, la innovación y no la repetición como medios de adaptación”.

Esta nueva situación a la que se enfrenta el hombre en la modernidad topa con funcionamientos tradicionales, es decir, resistencias al cambio, incluso muestras de aparente progreso bajo las cuales subyace el regreso a tiempos

supuestamente más fáciles por que la decisión sobre lo que hacer o no la tomaban otros y le venía impuesta al individuo.

Hasta aquí se ha mostrado 1) que la anomia que existía parcialmente, en algunos componentes, en las sociedades tradicionales (la trayectoria vital del individuo es adscrita y la anomia que se desprende de esa forma de vida provoca, entre otras situaciones, unas condiciones de vida paupérrimas pues en esas condiciones el individuo apenas tiene margen para decidir), se extiende de forma global en las sociedades modernas. Y 2) que la globalización de la anomia posibilita, condiciona al individuo el tener que hallar, inventar, innovar su propia vida, en ausencia ya de los mecanismos tradicionales de generar consenso moral, que básicamente consistían en la imposición de la vida que había que tener.

A partir de ello me propongo mostrar que en las sociedades modernas predomina más que en las sociedades tradicionales el tipo de hombre que se ajusta al seguimiento de la norma. Ello se ve reflejado no sólo en los logros en calidad de vida y en esperanza de vida o en el hecho de que la anomia provoca en el hombre, a modo de acicate, el tener que tomar conciencia de los efectos devastadores que para su vida puede tener no poder vivir distinguiendo entre lo que debe temer y lo que no; sino que también se ve reflejado en el comportamiento cotidiano de las personas. Comportamiento generalmente ajustado a pautas socialmente esperadas. Pongamos algunos ejemplos. Un viajero que coge un avión, un autobús, un tren se acomoda en su asiento y se comporta de acuerdo a unas pautas esperables. Si no es así causa gran sorpresa en el resto y lo general es que con el transcurrir del tiempo se acomode al funcionamiento del grupo. Un alumno que resulta conflictivo frente a los profesores, o bien termina fracasando escolarmente o bien termina haciendo otros estudios, etc. Es decir, siempre encuentra unas salidas pautadas, normadas por la sociedad. El fracaso escolar no muestra sino una respuesta normada que da la sociedad al que no se ajusta a las normas para continuar unos estudios. Lo que da la modernidad no es la anomia en sí misma, sino la posibilidad de vivir bajo la anomia, es decir, la posibilidad de decidir cómo vivir, esa posibilidad de decidir cómo vivir no ocurría en la sociedad tradicional. Un desempleado se encuentra ante ese espacio que la sociedad misma ha normado como esfera de mercado. Y que requiere de unas reglas para poder entrar en él y vivir de él.

No es que no existan reglas sino más bien que depende del individuo el seguir unas reglas u otras, o el no seguir ninguna. La modernidad no impone caminos vitales como ocurría en la sociedad tradicional.

La modernidad pone al alcance del individuo la posibilidad de ser él mismo quien genera un ethos de vida y una moral que lo rige. El ritmo de la innovación lejos de ser la causa de la anomia viene a ser la solución pues permite descubrir la regla, la pauta a seguir. El ritmo de la innovación viene a constituirse en una forma de la circunstancia, del paisaje, que forma una parte de la vida humana. Solo en la ausencia de algo, lo echamos de menos, notamos su desaparición, tomamos conciencia de ello, la anomia, la ausencia de reglas, de ley, nos abre la puerta, nos ofrece la solución en la invención, el descubrimiento, la innovación.

Como se ha señalado, propio de las sociedades tradicionales era presentar al individuo una especie de camino de lo que tenía que hacer en la vida, por ejemplo, muchos oficios pasaban de padres a hijos. Acaso residuo de ello son los orientadores de todas las cosas en la psicología, en la medicina, en la educación. O el conocido que se pasa todo el tiempo dando consejos sobre lo que hacer, lo mejor y lo peor, pero al mismo tiempo lo muy tolerante que es. ¡Haga usted esto!, ¡esta carrera tiene salidas!, etc. Ortega y Gasset en “El quehacer del hombre” muestra que: “Se nos suele presentar como necesario un repertorio de acciones que ya otros han ejecutado y nos llega bajo la aureola de una u otra consagración. Esto nos incita a ser infieles con nuestro auténtico quehacer, que es siempre irreductible al de los demás.” Este nuestro auténtico quehacer que es siempre irreductible al de los demás viene posibilitado por las sociedades modernas gracias a la innovación, no sólo científica. “Tenemos que inventarnos nuestra propia existencia y a la vez este invento no puede ser caprichoso” prosigue Ortega. Es decir, no puede depender del capricho, de la voluntad arbitraria, sino que tenemos que ser nosotros mismos quienes demos con ello.

¿Qué papel juegan entonces, en las sociedades modernas, las generaciones anteriores y contemporáneas, en la crianza de las nuevas generaciones, si debe ser el individuo el que se invente su propia existencia? ¿Cuál es la función del padre, del profesor, etc?

Desde luego no orientar (que es colocar, situar, ubicar, en definitiva, imponer), es decir, no decirle al joven lo que tiene que estudiar, por ejemplo. Sino encauzar, canalizar y dejando que sea él quien decida qué hacer, a qué dedicarse. Pues como se expresaba al inicio. Innovar es lo nuevo en lo dado (la decisión del joven es algo nuevo, innovado, en lo dado, es decir, en el cauce). Lo dado ya se encuentra en un lugar, es decir, lo nuevo siempre encuentra en el lugar en que aparece un pie forzado, que para Ortega es la circunstancia, ese pie forzado, esa circunstancia, es el cauce cuya función da al padre o al profesor la acción de encauzar que no de orientar.

Así, nuestras sociedades modernas también nacieron en lo dado, es decir, en las sociedades tradicionales, con un pie forzado, venimos de una tradición. Que en el pensamiento occidental arranca de la filosofía de la Grecia Clásica. De ahí que las nuevas generaciones deban encontrar en las generaciones anteriores el cauce. Unas ofrecerlo, crearlo, posibilitarlo, innovarlo, otras recibirlo creando de nuevo. En definitiva, la modernidad no hace otra cosa sino posibilitar para el mayor número de personas posibles lo que el pensamiento filosófico griego creó. A saber, el lema de Píndaro: “Sé el que eres”, adquiere aquí toda su fuerza. Pues encauzar es posibilitar al individuo ser el que es, es decir, desarrollarse de acuerdo a sus genuinas e irreductibles cualidades. Sólo la modernidad con su anomia globalizada posibilita la extensión al mayor número de la población la aplicación del lema pindárico.

La anomia globalizada de la modernidad es ausencia de camino impuesto, es innovar en lo dado, es encauzar. Se hace camino al andar que diría Machado.

Debe ser un error en la traducción de la obra de Zygmunt Bauman que por “Liquid life” traduce “Vida líquida” cuando en realidad debería traducirse por “Vida fluida”. Es decir, que la modernidad adquiere dimensiones globales de fluidez, de dinamismo, frente al “supuesto” estatismo en que entraron las sociedades

tradicionales europeas tras la caída de las sociedades clásicas de Grecia y Roma. El hecho de que la modernidad con el renacimiento nos abra los ojos, nos haga ser conscientes de la sucesión de cambios interminables en que acontece la vida humana, no implica que la vida en las sociedades modernas sea radicalmente distinta de lo que lo era en la época clásica. Y digo radicalmente, en raíz. José Lasaga Medina en Figuras de la vida buena, recuerda acertadamente que somos herederos de Heráclito. Y como antes, he mencionado, la modernidad no innova sino mediante ese mecanismo de extender la anomia de forma globalizada, hacer posible esa toma de conciencia al mayor número de individuos posible. Que se nos ofrecen, se nos presenta como necesario un repertorio de acciones que ya otros han ejecutado y nos llega bajo la aureola de una u otra consagración, ya lo señalaba Ortega y Gasset, que antes de que consigamos llevarla a cabo ya ha finalizado como señala Bauman (2006: 10) para, por ejemplo, el caso de la vida sencilla frente a la sofisticada que previamente habría que haber logrado, también desde Ortega y Gasset, lo conocemos como la vida del frívolo, la vida no auténtica. Acaso Bauman sin citar a Heráclito haya querido heredar de él el fluir del río, aquella admirable metáfora, con que Heráclito quiso significar el transcurrir de la vida humana incluso de las cosas mismas en que se constituiría el universo. En otro artículo nuestro que la modernidad puede venir caracterizada en base a dos dimensiones al menos: 1) El cambio de significado de los vocablos, del léxico. Por ejemplo, del término mercado, que del lugar concreto que ocupaba en las plazas de los pueblos españoles, hasta no hace tanto, pasa a ocupar multitud de lugares físicos y virtuales y gran parte de la vida de las personas. 2) La indefinición de los límites entre las esferas de la vida humana tal y como muestra Hannah Arendt en La condición humana.

Ambos cambios obligan a innovar que no es otra cosa que el inventar, el hallar que mostraba Ortega y Gasset. Así pues el hombre que no tiene miedo a los cambios, que innova, que sabe adaptarse a la innovación, es el que vive ajustado a los tiempos modernos. Y por lo tanto la anomia en la modernidad no vendría determinada tanto por el ritmo de la innovación y la incapacidad de los mecanismos de generación de consenso moral para adelantarse a tal ritmo. Sino por la resistencia de algunas personas al cambio, a reconocer el cambio, la novedad, la innovación. En definitiva, por la resistencia a reconocer el fluir del río de Heráclito del que somos herederos.

Referencias bibliográficas:

- (2009) ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, Espasa Calpe, Madrid.
- (2002) ARENDT, Hannah, *La condición humana*, Paidós, Barcelona.
- (2006) BAUMAN, Zygmunt, *Vida líquida*, Paidós, Barcelona.
- (1996) LAMO DE ESPINOSA, Emilio, *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*, Ediciones Nobel, Oviedo.
- (2006) LASAGA MEDINA, José, *Figuras de la vida buena: ensayo sobre las ideas morales de Ortega y Gasset*, Enigma, Madrid.